

Alzas en la ciudad tu prisma exiguo,
Testigo de otro tiempo, que se baña
En el fulgor extraño de lo antiguo.

Duerme, pues, atalaya que demoras
Como una esfinge sobre el claustro serio
Bajo el secreto de la noche amiga,
No entrégués el enigma que atesoras,
Guárda contigo el íntimo misterio
Que avara há siglos tu mudez abriga.

ALBERTO CORADINE

Bachiller en Filosofía y Letras,
Convictor é Inspector del Colegio

Mayo de 1906.

LECCION APROVECHADA

Á MI RESPETADO Y QUERIDO MAESTRO

SR. DR. D. RAFAEL MARÍA CARRAQUILLA

Risueño y alegre aspecto presentaba aquella casa, perdida casi bajo la sombra de corpulentos árboles; y ¡cómo regocijaba el alma la contemplación de los sembrados que en torno suyo se extendían, pregonando, con la voz elocuente de sus frutos, lo fértil y generoso de aquellas dilatadas tierras de labor, tan productivas y fecundas!

Era de verse aquello en los tiempos de la siega, cuando una enorme tropa de aldeanos de ambos sexos invadía los trigales. ¡Cómo caían al golpe de las hoces las granadas espigas, que atadas luego en gruesos manojos, iban á formar pilas enormes cuyo conjunto parecía á lo lejos un vasto campamento militar, abrigado á la sombra de numerosos toldos de campaña. ¿Y qué decir de aquellas trojes rebosantes de grano? ¿Qué de aquella numerosa vacada que al caer la tarde entraba mugidora en el aprisco al

són de pastoriles caramillos? ¡Si aquello era una bendición del cielo! ¡Si allí todo era alegre, y todo pregonaba el bienestar y la abundancia!

La imaginación, esa traviesa artista que con tanta rapidez sabe delinear un cuadro y matizarlo luego con los más ricos y variados colores, hacía instantáneamente del interior de aquella casa un edén verdadero. Fingíase en primer término el amplio jardín regado por bellos surtidores y donde Flora se ostentaba en sus más peregrinas manifestaciones; el huerto, bien surcado, en donde los árboles habían de doblregar sus ramas bajo el peso de los frutos maduros; el salón espacioso, lujosamente amueblado y cubierto de ricos tapices; la pulcra alcoba, con el altarcito de la Virgen bien provisto de luces y de flores; la cuna, mecida suavemente al compás de uno de aquellos tiernos y sencillos cantos que sólo saben modular, los labios de la madre católica; los alegres niños, animándolo todo con sus juegos y risas, y, finalmente, la enamorada pareja, bendecida por Dios al pie del altar, y disfrutando alegremente de toda aquella abundancia donada por el cielo. Eso, y mucho más que la pluma torpe no sabe expresar, se fingía aquella *loca de la casa*, como la llamó la mística inspirada.

¿Queréis conservar vuestra ilusión? No salvéis entonces el umbral; contentaos con la contemplación del paisaje exterior, sin permitir á la curiosa mirada penetrar más allá de esas blancas paredes; que si así no lo hacéis, se desvanecerá instantáneamente aquel hermoso cuadro y os encontraréis en presencia de una realidad, no halagüeña por cierto. Veréis cómo las flores no han hallado allí sitio; contemplaréis un salón desmantelado y tosco, y observaréis cómo la Virgen Santísima no tiene á sus pies un pobre ramillete ni una débil bujía.

Saldrá á recibirnos un hombre de faz adusta y avinagrada, en cuya frente veréis marcarse una profunda arruga al contestar vuestro saludo. Si os llevan allí asuntos de

negocio, os invitará á entrar frunciendo el entrecejo; sin mandaros sentar os expondrá los términos de un contrato muy ventajoso para él y nada para vos; no hará la más insignificante concesión á favor vuestro, y sólo veréis animado su semblante por una fugitiva sonrisa, en el caso en que os toque poner en sus manos alguna suma de dinero. Veréis entonces cómo cuenta y recuenta aquellas monedas, y cómo las esconde luégo en una enorme caja de hierro, cerrada á siete llaves.

Pero si es sólo la curiosidad quien os guía á aquella casa, oirés la voz áspera y seca de aquel hombre, expresándoos rudamente que su casa no puede visitarse; y si es la necesidad quien os conduce allí; si vais en busca de un socorro, oirés la misma voz que grita: *Brink!*, y veréis saltar en persecución vuestra un enorme perro que os devorará entre sus dientes si por suerte no fueseis bastante ligero para ponerlos fuera de su alcance.

No es aquel hombre el único habitante de la casa, por más que así parezca decirlo el profundo silencio que allí impera. Si por cualquier evento lográis visitar las habitaciones interiores, veréis quizá algunos niños pálidos y enfermizos, de mirar temeroso y descompuesto traje. Podréis también hallar á vuestro paso una mujer marchita prematuramente, en la cual os será difícil reconocer á la joven alegre que, años atrás, sabía cautivar ojos y corazones con la frescura de su rostro, lo vivaz de su ojos y lo dulce de su sonrisa. Os acordaréis entonces cómo en un día de fiesta fue proclamada reina de la belleza por todos los mancebos de la villa, despertando los celos y la envidia de todas las muchachas casaderas, y os vendrá tal vez á la memoria aquella hermosa noche de luna, en que vos mismo acaso, adolescente todavía, fuisteis, confundido entre alegre comparsa, á hacer gemir vuestra vihuela al pie de sus balcones.

Miradla ahora: la juventud no ha muerto completamente en ella, y la belleza ha dejado algunas huellas de su paso

en su triste semblante. Bien se ve que las penas, no los años, han puesto entre sus negros cabellos algún hilo de plata.

En el instante en que la descubris la veis acongojada brindar el pecho á un niño de pocos meses que lo toma ávidamente y hace desesperados esfuerzos por extraer de allí el deseado manjar; esfuerzo vano: aquel pecho no secreta nada; está seco y enjuto, y con mucha razón: el amo es un avaro que apenas da á su esposa y á sus hijos el alimento preciso para que no perezcan de inanición. Mucho grano produce el sembrado; abundante y succulenta leche dan las vacas, pero todo ello va al mercado, de donde vuelve convertido en oro que devora el vientre no saciado de la caja de hierro.

El amo, nuevo Heliogábalo, regala su cuerpo con succulentas viandas; duerme en mullido lecho, y tiene una bodega bien provista de generosos vinos cuyo sabor sólo por él es conocido en aquella casa. Y en tanto la esposa y los niños sufren el hambre y la miseria.

Brink va todas las mañanas al pueblo vecino llevando suspendida de los dientes una cesta de mimbres en cuyo fondo puede verse, á su vuelta, una hermosa y blanca torta de trigo al lado de unos negros y duros panecillos. Aquella irá á saciar el vientre del avaro; éstos engañarán el hambre de la esposa y los niños. Pan negro, escaso y duro, regado con lágrimas amargas, no puede alimentar; por eso aquella mujer y aquellos niños están pálidos y enfermos; por eso aquel pequeño no logra extraer del pecho de su madre una gota de leche.

*
* *

Una mañana *Brink* retardó su vuelta más de lo acostumbrado, con gran sorpresa del amo. Al fin lució á lo lejos su piel blanca con manchas amarillas. Venía sudoroso y jadeante, trayendo como siempre, pendiente del hocico, la cesta de mimbres.

La sorpresa del amo no tuvo límites cuando, al tomar aquella cesta, vio tan sólo en su fondo los panecillos negros. No había torta aquel día; era la primera vez, en muchos años, que sucedía tal cosa. Los niños y la esposa no probaron el pan esa mañana; negro y duro como era, fue devorado todo por el amo.

Pero al día siguiente observóse análogo fenómeno; vinieron sólo los panecillos negros. ¿Qué podría ser aquello? El panadero tenía órdenes claras y precisas á las cuales no había faltado nunca. *Brink* era un buen perro; demasiado honrado para tomar para sí el pan destinado al amo; bastante valiente para no permitir que se le robara en el camino. ¿Qué pasaba, pues?

Deseoso de averiguarlo, el amo fue al poblado, y habiéndose informado allí de que el pan en los dos últimos días había sido despachado como de costumbre, resolvió ponerse en espionaje para saber lo que pasaba.

Veíase, pues, á la mañana siguiente, cruzar la polvorosa carretera á *Brink*, seguido á corta distancia por el amo. En el fondo de la cesta iba la torta blanca, junto con los panecillos negros, todo lo cual había sido despachado por el panadero, en presencia del amo.

Llegado que hubo *Brink* frente á un matorral que á un lado del sendero se extendía, se detuvo un instante y volvió atrás la cabeza. Al ver que se observaban todos sus movimientos, pareció vacilar un instante, pero luego se apartó del camino, entrándose al matorral resueltamente. El amo se lanzó tras él, tronchando bruscamente las ramas que le cerraban el paso. De pronto se detuvo.

Brink había llegado á un gran montón de paja, donde una hermosa terranova amamantaba cuatro robustos cachorrillos. Colocó la cesta en el suelo; hundió en su fondo la cabeza y agarró con los agudos dientes el pan blanco. Llevándolo así, se acercó al lecho y lo dio á la perra, que levantó el hocico para recibirlo, y empezó á devorarlo tranquilamente.

En seguida *Brink* se apoyó sobre sus cuartos traseros con la seriedad de un centinela que defiende una plaza, y mirando alternativamente al amo y á la perra, parecía decirle con los ojos al primero:

“Ya lo veis; para ella robo vuestro pan; ¿qué queréis? Si ella no comiera lo bastante, no tendría leche suficiente para que no murieran de hambre esos chiquillos. Dejadme cumplir, pues, con un deber sagrado.”

Encendióse en rubor de vergüenza la cara de aquel hombre, y volviendo la espalda se dirigió precipitadamente hacia su casa.

* * *

Dejad á un lado los quehaceres diarios, y hoy que está hermoso el día, azul el cielo y tranquilo el ambiente, venid conmigo á visitar aquella casa. Mirad: la puerta abierta de par en par, parece invitarnos á entrar; no temáis el adusto ceño del amo ni menos los agudos colmillos del buen *Brink*. Con el transcurso de tan pocos meses el carácter de nuestros personajes se ha modificado notablemente. Entrad, pues, sin temor.

Podréis ahora encontrar algunas flores; se les ha abierto lugar entre las plantas útiles, y ellas allí se han acomodado sabrosamente y se alzan orgullosas y lozanas, gracias al oportuno y provechoso riego. Mirad aquellos murcs desnudos ayer, cómo hoy están adornados de hermosas pinturas y artísticos frescos. Ved ese sencillo pero elegante y cómodo mobiliario que engalana el salón; contemplad allí el altarcillo de la Virgen, cómo brilla lleno de luces y de flores. Descorred los blancos cortinajes de la cuna que se ve en aquel ángulo, y veréis cómo dormita allí un pequeñín coloradote y fresco.

Seguid aún adelante: ¿Y es verdad que aquel hombre que ayer conocimos tan áspero y tan rudo, es el mismo que está allí sentado en cómodo sofá, al lado de una mujer hermosa todavía, en la que no podemos menos de re-

conocer á la afligida madre que vimos al principio de esta historia? Mirad cómo sus ojos han recobrado su brillo primitivo; ved cómo su sonrisa ha vuelto á ser dulce y alegre.

¿Y esos niños tan frescos y robustos, que ahora juegan allí ruidosamente, son por ventura los mismos que ayer vimos hambrientos y casi desnudos?

¿Y es *Brink* aquel perrazo que está delante del sofá, batiendo amorosamente la cola y apoyando una de sus enormes manos en la falda de la joven esposa, mientras coloca la otra entre las rodillas del amo y le inclina la cabeza para que se la acaricie bondadosamente?

Pues ellos son, lector.

En aquel hogar reina ahora el amor y la dicha. Ya no hay caras tristes ni adustas; ya no impera allí el hambre. Aquella enorme caja de hierro ya no devora todo el fruto del trabajo.

Brink va todas las mañanas al vecino pueblo; y á su regreso apenas puede sostener la enorme cesta rebosante de pan. Si alguna vez falta un panecillo en ella, nadie por eso se preocupa. Bien empleado estará.

R. ESCOBAR ROA

ESTATUA DE FRAY CRISTOBAL DE TORRES

LISTA DE SUSCRITORES HASTA LA FECHA.

1906			
Abril 17	Rafael María Carrasquilla.....	\$ p/m.	3,000
„ 25	Alejandro Salcedo.....		1,000
Mayo 4	Emiliano Restrepo E.....		500
„ „	Eladio C. Gutiérrez.....		1,000
„ 14	Jenaro Jiménez.....		1,500
„ „	Carlos Ucrós.....		1,200
„ „	Luis M. Luque.....		1,000
„ „	Angel María Sáenz.....		1,000
„ „	Luis J. Luque.....		500